

ALGUNOS ASPECTOS DE LA MEDIOCRIDAD EN QUE VIVIMOS

Por VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

LA mecanización de la vida a que nos ha llevado el régimen burgués, no sólo ha rebajado la altura de las enseñanzas en las instituciones de cultura superior, arrojando al mundo, periódicamente, la muchedumbre de profesionales semiletrados que pululan en las urbes, carentes de rumbo espiritual bajo la protección relativa del título de especialistas. No sólo por influencia de ese mismo afán de vivir pronto, aunque sea mal—que podría ser el lema del régimen—, la educación toda se halla en crisis por preferir la simulación del pensamiento al esfuerzo de pensar. No sólo el libro se forma ya de artículos de periódicos en vez de ser la obra madura de una investigación coordinada y serena. No sólo el teatro se ha rebajado hasta convertirse en el tablado de la farsa soez, de la canción cursi y pueril o de la intriga vacua de la vida inferior, sino que el ambiente mismo está saturado de mediocridad.

La gran industria dedicó por mucho tiempo su energía creadora a satisfacer las necesidades materiales del hombre: la alimentación, el vestido, el alojamiento, los transportes; pero cubiertas esas necesidades en la parte de la sociedad que puede pagar tal servicio, abrió nuevos mercados, creó otras exigencias, mejoró su técnica de propaganda y empezó a producir mercancías para el espíritu, sin abandonar la elaboración de las mercancías para el cuerpo. Este ha sido, quizá, el aspecto más odioso de la producción en serie, de la marejada de artefactos de las fábricas "racionalizadas", que al inundar al mundo le ha impuesto también el contenido que encierra. El periódico de escándalo, el radio y el cine constituyen la tríada de la mediocridad espiritual en que vivimos.

Nuestra costumbre de reducir al mínimo el esfuerzo mental, nos conforma respecto del conocimiento indispensable del curso del mundo, con los títulos de las noticias de los periódicos y con las fotografías de los hechos sobresalientes. Entre más sintéticos esos títulos, mejor; entre más grandes las letras, mejor aún: no es preciso, así,

tomar materialmente en las manos el periódico; nos podemos enterar de lo que acontece, a tres metros de distancia y viajando a treinta kilómetros por hora en plena ciudad. El periódico valoriza los sucesos, los clasifica plásticamente y moralmente y constituye una ética social que paulatinamente se incorpora en el sentimiento de las masas.

El cine, el producto al por mayor de la ideología capitalista, que más influencia tiene en los pueblos analfabetos como México, ha ampliado la ética de la prensa de escándalo y ha elaborado un concepto estético que corre parejas con aquélla. Al cine yanqui—cristalización victoriosa de la filosofía burguesa de la vida—debemos de un modo preferente la exaltación de lo cursi, el homenaje a lo superfluo, el aplauso a las lágrimas que sobran en el corazón, la persecución de la mujer como ocupación de primera importancia, y la aceptación tácita de la injusta organización social en que actuamos.

El radio es la difusión casi invencible de esta moral enana y de esta estética manida. Ni en la calle ni en el lugar de trabajo ni en el hogar se halla nadie a salvo actualmente de sus principios rastreros, de sus melodías tísicas o de sus peticiones de mendigo.

Es urgente remediar el mal. Hasta hoy los gobiernos han reducido la política de defensa de los intereses sociales a evitar la entrada de las mercancías que pueden hacer competencia a la producción nacional; las aduanas se cierran para el comerciante perturbador del mercado casero de cereales y de telas, pero siguen abiertas para el trastornador de las ideas y de la paz espiritual. Se llega hasta la ira contra el "dumping" del trigo ruso, pero se aplaude el "dumping" de la imbecilidad que realizan las fábricas de Hollywood, las de los discos de fonógrafo que reproducen el fox-trot de moda y las que construyen los aparatos de radio que se venden en abonos. Se considera un deber de los gobiernos—siempre en defensa de la tranquilidad pública—acallar la censura de los políticos de oposición, pero se tolera la propaganda disolvente de los periódicos que viven de fomentar las pasiones enervantes.

No estoy en contra del cinematógrafo, ni del radio, ni de la prensa como instrumentos en sí; sería absurdo. Estoy en contra del uso que de ellos hace el régimen social que todos debemos ayudar a que desaparezca. Emplémoslos en obra de verdadera cultura. De la misma manera que para los artículos que llamamos de consumo necesario existen las tarifas diferenciales de las aduanas, ¿por qué no establecerlas para los efectos de consumo espiritual? El Estado no cumple su tarea educativa con abrir escuelas; su obra civilizadora debe abarcar todos los aspectos de la vida social. Levantemos el arancel para todo aquello que contribuya a imbecilizarnos y fomentemos la venida de lo que puede contribuir a la educación de las masas.

Las cintas de cine valiosas jamás se exhiben en México. Decláramoslas libres de derechos y multipliquemos el impuesto de las otras. Elevemos cinco veces más la contribución de los discos de jazz y hagamos que lleguen sin pago alguno los de música verdadera. Aumentemos el tributo fiscal de los periódicos sucios y fomentemos los útiles.

La pobreza económica es transitoria siempre; la miseria espiritual y moral se transmite por herencia.